

## EL SANTO PATRÓN

Era San Isidro.

No tenía el altar mayor en la iglesia; pero tenía uno de los altares más espaciosos, más bien situados y más cargados de escultura.

Repartidas con simetría y no escasas de estética, formaban el *sostén* de aquel altar cuatro columnas salomónicas de lo más salomonizadas que se estilan en el orden de este estilo. Cada una sostenía una parra, que daba racimos y angelitos por fruto; unos racimos con cada grano como una manzana camuesa, y unos ángeles con cada mejilla como dos de los granos. Encima venían los capiteles; sobre los capiteles un nublado terrible; sobre las nubes otras columnitas; después las cornisas; después cuatro racimos más de uvas, un manojo de listoncillos figurando el resplandor, y oro por todas partes, y aún más oro, y en medio de aquella riqueza, el glorioso San Isidro, vestido de su oficio, sencillo y achantadito dentro de la hornacina.

El Santo no era obra de escultura ni de talla, como aquella bendición de Dios de columnas: era de un arte pastoril, bucólico, sencillo, arte de cuchillo, arte de ermitaño, hecho en las veladas de la ermita; pero era tan inocente, tan campesino de los que no tienen cuquería, tan campechano, miraba tan bien, con tanta franqueza, con tan pocas pretensiones, vestía tan naturalmente, sin indumentaria, sin lujo ni pobreza exagerada, que inspiraba confianza y buen trato en seguida, y se atrevía uno á ser su amigo con sólo conocerle de vista.

—Aquí me tenéis—parecía decir—. He sido de los vuestros. Pedid. Molestadme, que no me cansaré de otorgaros las gracias que pueda. Cuando tengáis tribulaciones, venídmelas á contar, que yo sabré consolaros. Yo no tengo orgullo, no tengo vanidad, no he tenido estudios: he subido de aldeano á santo, y no me ha envanecido la gloria. Vamos, pecadores, sin cumplidos, sin retóricas, de amigo á amigo, de hombre á hombre; venid á pedirme favores, que estoy muy deseoso de poder contentar á los míos. A mí no me tenéis que rezar. No tenéis más que decirme: «Isidro, nos hace falta esto y esto; no tengo agua; el campo se me seca; el trigo se me muere; la oruga me mata los manzanos», y yo ya sé lo que tengo que hacer. Y ¡qué puedo hacer sino complaceros y acordarme de la tierra, de esa tozuda tierra que me hizo padecer tanto cuando aún era labrador y aún no me habían dado cargo! No seáis perezosos. Dejáos de Diputados. Yo

puedo más que el Diputado y que los curas. Venid á mí, que yo quiero á los humildes y soy humilde de nacimiento.

Ese era su mal á los ojos de aquella gente: el ser tan humilde, el ser de los suyos, el venir de pobre. La modestia no la entienden muchos labradores y muchos que no son labradores; la humildad no los deslumbra, ni la virtud escondida, y, ¡pobrecita!, les exalta, como la pompa de la virtud decorativa. Hasta los santos han de tener títulos para mucha clase de gentes: han de tener cargo; han de haberle tenido; han de haber sido grandes pecadores para ser después grandes convertidos; han de haber sido grandes guerreros y haber hecho matar mucha gente para después arrepentirse de ello: estos son los santos con clientela. En cuanto á los del mismo oficio, ¡pobrecitos!, claro está que son santos, y se les nombra patronos para poder mostrar á uno del gremio; pero ¡qué poco respeto inspiran, y qué poca devoción, y hasta qué poca confianza! Les saben demasiado los secretos para tenerles veneración; les conocen demasiado la vida íntima para inspirar santidad; saben demasiado del oficio para inspirarles confianza. La misma confianza les quita mérito á sus ojos. Un compañero no puede ser nunca Profeta.

Eso le pasaba al santo patrón en aquel pueblo. El no darse importancia le había salvado á los ojos de Dios, pero le había perdido á los ojos de los hombres. Era un santo poco cargado de dignidades, poco

serio, poco condecorado para encargarle un milagro; era demasiado natural, demasiado franco, demasiado poca cosa para encomendarle un asunto. Un santo tan buen hombre no sabía tramitar, ni tenía bastante sabiduría para ganar en última instancia. No se hacía valer: por lo tanto no le daban valimiento. Era humilde: señal de que era pobre. Era vergonzoso: señal de que no tenía razón. Y aquel pueblo, como tantos otros, necesitaba ser asombrado, pero aparentemente; disciplinado, pero desde arriba; ó si no, lo que era nobleza lo creía debilidad; lo que era cariño, miedo, y lo que era benevolencia, condescendiente cobardía.

El caso es que el santo, con su poco genio, se estaba todo el año demás. Si había una epidemia, no le imploraban á él; si había una desgracia, no le enviaban á buscar; si había un *ex-voto* que pintar, no le pintaban nunca en el *ex-voto* encima del nublado; si llovía, no le daban nunca las gracias; si no llovía, nunca le echaban la culpa; ni decían mal de él, ni le alababan, ni le adornaban el altar, ni iban á insultarle, ni le hacían bastante luz, ni le dejaban en la sombra. Que anduviese haciéndose el afable, que se quisiese hacer popular, que quisiese contentar á las mayorías, que hiciese concesiones, que diese la razón á las masas, que fuese servicial, que no gastase mejor ropa, que no *alternase*, y pronto la indiferencia se tornaría desacato, y pronto se tomarían confianzas con él y le perderían el respeto. El santo que baja del trono para

estrechar la mano y hacerse amigos, y dejarse dar golpecitos en el hombro por la multitud soberana, se pierde para la multitud y para la soberanía.

El lo había hecho así para granjearse amistades, ó porque era su natural, y el caso es que no le hacían caso. A santos menos santos que él se les rendía acatamiento, y hasta tenían besamanos; á santos que sabían estar tiesos se les hacían funciones con música y se les dejaba conceder indulgencias; á santos de menos antigüedad se les hacían salutations y tenían cruces pensionadas y retiro, y les sacaban en las procesiones con toda solemnidad. A él no le sacaban nunca en las procesiones solemnes, y le estaba bien empleado, por paleta. ¡Alza! ¡Que aprendiese á tratar á los súbditos que ya le enseñarían los súbditos cómo tratan ellos á los santos que se ponen á su nivel!

Cuando le sacaban, y era el único día, era en la fiesta mayor, y todo porque esa procesión era procesión de confianza. Las *Hijas* iban de blanco de *alivio*; los *Luises* de juventud; los hombres de media capa; los curas de casulla corta; los chiquillos de gran alboroto y alegría, y detrás, llevado en andas, siempre sonriente, siempre pastoril, con su aire campechano de escultura de ermitaño, parecía saludar al pueblo con su buena faz reidora, y el pueblo le decía: «¡Hola, Isidro! ¡Adiós, Sidret! ¡Cómo te diviertes hoy con nuestra compañía!» Y él hacía señas de que sí, y aquella condescendencia me le acababa de perder.

¡Pobre santo! ¡Suerte que en el cielo no deben hacer caso de la opinión de los hombres! Hubieran podido tener en él un amigo, y no le conocieron el fondo y no sabían corresponderle; hubieran tenido un compañero, y no sabían tenerlo, y buscaban amistades más ampulosas; habrían tenido un abogado, y no le confiaban los pleitos, y buscaban otros más dotados de palabras, aunque tuviesen que perder y se hiciesen pagar las costas. Cuesta mucho llegar á ser santo; pero ya que se es, cuesta más sostenerse.

A San Isidro le habían hecho abogado, pero no servía para su cargo. ¡Y el buen santo se daba cuenta de ello! ¡Ya lo sabía, ya había conocido á toda aquella gente de los pueblos cuando labraba aquella tierra! ¡Ya conocía á fondo sus ingratitudes, y por eso era santo! A no serlo, á no conocer el personal, al verse tan solo en aquel altar de columnas, y de ángeles, y de racimos, y de listones, de luz y de nubes de madera, allí en el fondo de la hornacina, en un momento de tristeza habría dicho á los campesinos: «Campesinos, pueblo: buscáos santo, que yo pido el retiro».

## EL LOCO

De todo tenían, poco ó mucho, en aquel pueblo, hasta loco.

El loco del pueblo, en un pueblo como aquél, no podía ser más que como era: un loco callado y polvoriento y de buena pasta. Podía ser todo lo loco que quisiera, pero sin alborotar el gallinero. Un loco que lo hubiese parecido demasiado, no habría podido vivir allí; un exaltado no habría hallado acogimiento á su exaltación; no habría sido *comprendido*, no habría encontrado parroquia. Allí, hasta los locos habían de tener prudencia, y moderar la locura para conseguir que pasase, no perturbando las costumbres, no removiendo cenizas muertas, no chillando y no despertando entendimientos. El loco tenía que ser un poco exagerado, pero muy poco: había de tener un punto de loco, pero un punto sosegado, que no interrumpiese las creencias, ni entorpeciese las tradiciones.

Nada de delirios de grandezas: resignación de miseria. Nada de manías de perseguir, ni de creerse perseguido: pastar, pastar siempre, y humildad y perseverancia en la desgracia. Nada de ideas suicidas; vivir, buena ó malamente; vivir, que harto vendría la muerte, lo mismo para el loco que para los sabios.

El loco del pueblo, con todo y con serlo, se había hecho tanto cargo de su cargo de locura oficial, que nada del mundo le apartaba de sus costumbres tranquilas y de su plan de no estorbar á nadie. Iba vestido como todo el mundo, pero con más harapos y más polvo: ¡ay, sí!... con mucho más polvo que todos. Hacía la vida de todos, pero un poquito más exagerada; dormía casi tanto como los demás, comía un poco menos y un poco peor, también iba á misa, tampoco leía; sabía, sobre poco más ó menos, tanto de letra como todos los que tenían voto; no votaba con las mayorías, y también su nombre constaba, y constaba con letra minúscula en las listas oficiales; procuraba reprimirse; procuraba no ser más que un espejo que no *ofendiese*, aumentando un poquito las miserias, la línea característica, el punto de caricatura de los mayores contribuyentes, de los menores pobres y de todas las medianías.

No tratándole, á simple vista nadie habría conocido que no era como los demás: la frente la tenía un poquito más ancha; los cabellos aún más ásperos y alborotados; los ojos más abultados y un buen

trocito más soñadores; el andar más desigual; la cara de menor salud; el cuerpo más largo y un poco más flaco; pero fuera de estas diferencias que no desafinaban á la vista, por lo demás, costaba bastante conocerle la tara de locura.

Mirándole fijamente, claro está, se le veía que era loco. Tenía la llama, el don, la inspiración, esa claridad que despiden los ojos de los bombres iluminados. Se le fué conociendo en todo, lo que era: en las cosas serias del vivir, y en el poco temor á la muerte; de pequeño aprendió música, y eso fué un síntoma fatal á los ojos de aquella buena gente. ¿Qué iba á hacer de la música? ¿Para qué iba á servirle tocar aquel violín tan ratonado si no tenía copla para tocar en él? ¿De qué servía tocar solo? Después no hablaba con nadie y razonaba consigo mismo. Mala señal. Más tarde no quiso entrar en quinta; de ninguna manera pudieron darle el entendimiento de servir al Rey, ni enseñándole el encarnado de los pantalones, ni la bandera, ni asegurándole la vida; él, terco, y los otros sin poner gran empeño, se quedó sin *servicio*. Ya de más edad, no quiso trabajar por fuerza. También mala señal. Después no tenía *creencias* fijas: predicaba por su cuenta, y cosas que él pescaba solo; no amaba el dinero, ni hacía esfuerzos para ganarlo; dormía al raso; y si bien no hacía mal á nadie, el hacer tantas cosas diferentes de las que hacían las gentes de orden le hacía más que sospechoso: demostraban claramente que todo aquello era deloco.

Además no se le conocía familia, y un hombre sin familia está loco rematado. Que no hubiese encontrado mujer, conformes; que no tuviese hijos, aún más conformes; pero no conocersele padres, ni hermanos, ni parientes, ¿no era estar loco á más no poder? No tener ni un escaño donde acostarse, no ser querido por nadie, venir al mundo como un animalejo, hacer de pobre, ser ladrado por los perros, ser apedreado por los niños, ¿no era estarlo de remate? Acaso hasta ser bastardo y serlo expresamente, y por fuerza ser forastero, y hasta quién sabe de qué tierras herejes, ¿no basta para tratar de loco á un hombre? Y, por último, ¿no probaba claramente su falta de sentido el tener que ir al Hospital cuando no estaba bueno, y tener que ser cuidado por manos extrañas, y todo porque en ninguna parte le querían, ni en la posada, ni en los desvanes, ni en los pajarés, ni en el patio de las masías? Es claro que era loco y ¡bien loco que estaba! Se le soportaba porque no había dado un sentir; pero el día en que se propasase se reuniría la gente de entendimiento y le echaría del pueblo.

¡Pero, cá! ¡Echarle han dicho! ¿Y quién le echaba? Uno solo no hubiera podido. Todos juntos no eran nadie: también él era más que todos juntos; y en cuanto á marcharse por su cuenta, ya había intentado marcharse, pero, sea que todos los pueblos que encontraba eran iguales, sea que por loco que fuese padecía nostalgia, el caso es que siempre volvía al pueblo.

Allí, mal que mal, era el loco, el loco reconocido, el loco auténtico, el loco sin competencia, el loco que todos conocían, el loco que se pasaban de mano en mano entre miedosos y admirados, al que enseñaban con cierto temor y con cierto orgullo á los forasteros; y aunque no le mereciesen, él era el loco adoptivo y el más honorario del pueblo. «Hecho y hecho—pensaba el «infeliz»—vale más un pueblo tonto, bien tonto y bien conocido, que diez de locos por conocer.» Y el bendito pueblo contestaba: «Más vale un loco que ya conocemos, que veinte sabios cuya flaqueza no conocemos.»

«Tal como es—decía la gente—al fin y al cabo no ahoga á los que tienen deudas, ni á los pobres, cuando tantos de nosotros ahogamos en cuanto vemos carne de deuda; él no nos disputa las tierras como nos las disputamos nosotros; él no nos deshonra las hijas como los mozos de entendimiento sosegado en cuanto pierden el sosiego; él no pleitea como pleitean los hacendados; él no tiene envidias como nosotros las tenemos, no tiene rencores como nosotros los gastamos; está loco, y los locos no caen en las miserias serenas. Por eso lo es. El día en que volviese en sí sería otro enemigo que se nos había entrado en casa.»

Él no entraba en casa, ni en ninguna parte. Su vida era libre, y esta libertad que se otorgaba era lo que menos entendían y la que les daba más pruebas de su gran locura. Se levantaba cuando quería, se lavaba los ojos, y se encontraba más vesti-

do que el mismo día en que nació. Una vez levantado, si tenía ropa de sobra, se mudaba alguna prenda, ó si no, se dejaba la que tenía puesta: miraba al cielo, igual para todos, y despreciaba la tierra, y ¿adónde iba? Allí donde la muerte le llevaba. Todas las calles le eran patria y, callado y serio, siempre pasaba por en medio y siempre con la cabeza muy alta, convencido de la distancia que le separaba del prójimo. ¿Qué buscaba? Como Diógenes parecía que estuviese buscando un hombre, otro hombre, y miraba pasar al resto con la gran compasión del loco para los que no han podido llegar á serlo. ¿De qué vivía? De todo y de nada; de lo que encontraba, de la semilla que llevaba el viento, de lo que no buscaba, de la suerte, de la casualidad, de la superioridad de vida, del aire libre, del aire del cielo, de lo que caía, de lo que pasaba, de su propia fuerza. El no decía nada, pero no se doblegaba; tomaba, pero nunca pedía; callaba, pero oía; hacía la vida de los otros, pero con más altiva dignidad; cumplía su cargo de loco adoptado por el pueblo, no estorbando las opiniones ni escandalizando la prudencia, pero sintiendo á flor de labios la triste sonrisa del filósofo; llevaba la máscara de la prudencia, pero por las rendijas del alma trasudaba el orgullo de su propia calidad; nunca reía de los que se burlaban de él; pasaba, pasaba menospreciándolos, sereno, omnipotente, glorioso y único como un dios monstruoso de Grecia, entre aquella gente hecha á molde.

Y la gente se reía de él; pero en el fondo le tenían una extraña admiración; sentían inconscientemente que á todo podían llegar, menos á parecerse á él; le consideraban como un mal; pero un mal que imponía cierto respeto; se envalentonaban dándole bromas impotentes, pero sentían celos de alguna cosa imposible de poseer; se apartaban de él y hubieran querido entenderle.

Era imposible. A pesar de la prudencia del loco, vivían demasiado alejados uno de otros. La cabeza de él se había de inclinar demasiado para verlos, y las de ellos se habían de levantar tanto, que no les alcanzaba la vista. El abismo era inmenso y la subida demasiado alta. El pueblo lo adivinaba y se envalentonaba insultándole, azuzando contra él á los chicuelos cuando rebotaba su vanidad de poblacho. Y el loco, que era siempre el que callaba, firmemente fortificado por su omnipotencia, convencido de la *razón*, paciente y tolerante con las bestialidades humanas, soberanamente altivo para la rudeza de la multitud, compasivo para las pobres criaturas estrechas de entendimiento, cuando tampoco podía más, huía, corría de noche, subía á la ermita del calvario, y allí, solo, bien solo, sublime de *razón* y de locura, decía con el puño cerrado dirigiéndose al pueblo:

«Soy loco, gentes; soy el loco; soy vuestro loco. No me entenderéis, porque soy el loco. Gentes: vosotros no podéis ser locos: sois demasiados y sois demasiado iguales. Venid á echarme del calvario,

si podéis. No subiréis de noche. Tenéis miedo; todo os da miedo; hasta el calvario os da miedo. Yo no tengo miedo de nada, ni de vuestros huesos. Yo puedo bajar adonde vivís, y vosotros no podéis subir hasta mí. Yo soy expósito, y por eso tengo derecho á ser libre. Oidlo bien, esclavos de esclavos: os desprecio, y me tenéis que mantener, porque ya sabéis, miserables, que sin mí moriríais.

»Gentes: soy loco, y me dais compasión y os bendigo, maldiciéndoos. Quitáos la cabeza, que os viene chica; arrancáos el corazón, si le encontráis, y tiradlo á la fosa, que se pudrirá menos deprisa. Estáis condenados, estáis perdidos; y sólo yo, el loco, puede salvaros; sólo los locos tenemos poder de salvar á los pacíficos.

»Soy loco, pero no me encerraréis. La cabeza no me la encerraréis. Vosotros sí que vivís presos, que os tenéis atados con cadenas; sois presos de todo y hasta de vosotros mismos. Ya me llamaréis algún día, ya me llamaréis para libraros. Llamaréis al loco... ¡Ja, ja!... ¡Soy el loco, el loco... vuestro loco! ¡Ja, ja! ¡El loco! ¡El loco!», iba gritando en las sombras; y la voz se perdía por los cipreses, sin un eco, sin un rumor, perdida de soledad y de pereza, mientras algunos decían santiguándose:

—El tiempo va á cambiar. El grito del loco lo señala.

## EL SABIO

¿Cómo pudo ser que en aquel rincón de mundo hubiese ido á nacer un sabio? Tal vez por eso, porque era un rincón del mundo.

El sabio no escoge el terreno antes de nacer; el sabio nace silvestre, y con esta su condición natural, y los estudios que después hace de sabiduría, es con lo que se forma y va creciendo; y como que ya tiene el vicio y las pompas mundanas no le estorban, y como, además, acumula lo que sabe y lo que los demás dejan de saber, se encuentra al llegar á viejo con un montón de sabiduría que no sabe dónde emplear.

El caso es que tenían sabio—¡y llámenles ustedes tontos!—en aquel pueblo. Y no vayan ustedes á pensar que era un sabio de aquellos que piden prestada la ciencia y no saben más que lo que han oído decir: no, señores; el suyo era de los de verdad, de los de duración, de los de monumento; era un sabio en toda la extensión de su sabiduría.



¿Que no se habían dado cuenta de que le tenían? Es claro que no se habían dado cuenta. ¿Que le tenían por un bendito? Naturalmente. ¿Cómo no habían de tenerle, si hacía cosas tan extrañas y bostezaba cuando no había para qué bostezar, y miraba al cielo de noche cuando estaba obscuro, y recogía escarabajos y guardaba piedras, y hacía un sin fin de simplezas? ¿Que le dejaban morir de hambre? ¿Y qué habían de hacer? ¿Mantener á un hombre tan extraño que todo el año estaba de más? ¿Qué, no podría trabajar como los otros por sabio que fuese, y por conocimientos que tuviera? ¿Qué, no podía ahorrar? ¿Qué, no veía que había de irse al hospital así que fuese viejo, y que había de ir con levita y todo, que es peor camino?

Que en el hospital pararía, era cosa harto probable; que iría de levita, seguro, porque nunca llevaba otra ropa; pero que hubiese de tornarse viejo, eso sí que no podía ser; ya lo era, y siempre lo había sido, y siempre lo sería, por muchos años que en el pueblo viviese. A los dieciocho dicen que ya empezó á quedarse calvo; ya el primer empujón de estudios le costó el pelo; á los veinte y pico se le empezó á tornar blanco el que le quedaba; á los treinta, blanco del todo era; los dientes siguieron el mismo camino que los cabellos, y á los cuarenta, cuando se casó, ya tenía más arrugas que un sombrero sobre el cual se han sentado.

¿Y por qué se casó? ¡Vaya usted á saber! ¿Cómo encontró mujer que le quisiese siendo sabio y po-

bre? Dificilillo es de decir. ¿Le amaba su mujer? No. Y entonces, ¿por qué se había casado? Ni el sabio mismo con toda su ciencia podía darse razón de aquel por qué. Acaso por casualidad. Acaso por equivocación ó acaso por tener marido aunque fuera sabio. Las mujeres son difíciles de entender, y ella y él no se entendieron nunca.

El que se entendía, sobre todo con ella, según rumores, era el carabinero de *servicio*. No es que nadie hubiese notado nada, no es que nadie le hubiese visto deteniendo el contrabando; nadie veía nunca á aquel carabinero fantasma; no es que existiesen pruebas (en aquel pueblo jamás se probaba nada); pero que, habiendo carabinero, había contrabando, y habiendo contrabando había *alijo*, no lo dudaban ni las mujeres, ni los hombres, ni las autoridades, ni el clero, ni los chiquillos de la escuela.

El no había notado nada, y harto se lo habían dicho; pero bastante quehacer le daba la ciencia, para tomar en cuenta miserias semejantes. Fuese ó no fuese, y más valía que no fuese, ¿qué era el hombre, qué era la mujer, qué era un carabinero de servicio frente al sistema sideral y tantos millares de estrellas? ¿Qué significaba una hora tonta que pudiese tener en un momento la Madre Naturaleza, ante tantas horas sabias como tenía á todas horas? ¿Qué eran todos juntos, los tres juntos, ante la historia? ¡Polvo, ceniza, coleópteros! ¡Y qué coleópteros! ¡Coleópteros con pantalones azules, con galones viejos, con gorra de funda, cuando había

tantas especies, coloreadas como amatistas, luminosas, como esmeraldas, bronceadas como joyas griegas! No eran nada los carabineros ante la ciencia y todas sus fases.

¡La ciencia! Como enfermo que va probando todas las aguas conocidas, él también había probado todas las ciencias, y ninguna le había sacado de apuros. Primero se entregó á la Botánica. No había hierba medicinal, en diez leguas á la redonda, de la que él no conociese los vicios, las virtudes y la vida privada de hierba; no había flor de la que no supiese si nacía para sólo encanto de la vista, ó si tenía misión práctica; no existía planta que no tuviese numerada, con sus usos, costumbres y caprichos; pero aquel terruño vulgar estaba tan pisoteado, la planta humana había vulnerado de tal modo la planta natural, que fuera de la malva paciente y de alguna otra de la especie vividora, allí no podían subsistir las exóticas, las de lujo, ni aun el mismo sabio, que era la hierba más exótica que había producido aquella tierra.

En vista de estas malas cosechas de hierbajos medicinales, dióse á la Mineralogía, entregóse á la piedra, que es como entregarse al diablo. Ciertamente, no faltaban piedras en aquel terrero para quien les tuviese afición; pero allí hasta la piedra era grava, las rocas gujarros, el granito estaba disgregado, y de todo tenía menos de lo que debiera tener; eran minerales sin mina, vacíos de toda substancia, pesando en los bolsillos y propensos á

hacer pasar por loco al que de ellos llenaba la casa.

Considerando también esto, nuestro sabio cambió, una vez más, de sabiduría, y ganó en reputación. Del mineral pasó á la mariposa; de la mariposa al grillo; del grillo al coleóptero, de éste á la Historia, y de la Historia sabe Dios adónde hubiera ido á parar, á no haberse detenido en plena Filología. Saber la etimología de todo, indagar de dónde habían venido las palabras y por dónde pasaron antes de llegar á nosotros, buscarles la filiación histórica, las transformaciones balbucentes, los primeros pasos por la lengua, fué su pasión. No escuchaba palabra vulgar sin buscarle en seguida las cosquillas científicas, sin irle detrás, y pedirle la cédula y la partida de bautismo, y hasta el permiso de ser palabra.

Era una maquinaria sin freno. Cuando le decían algo, jamás escuchaba lo que le decían, sino que escudriñaba el sentido; si se burlaban de él con alguna palabra ofensiva, no veía la ofensa, sino que buscaba de dónde venía, y venía de tan lejos que ya llegaba sin furia; si le atacaban con insultos, el insulto se perdía en los vericuetos de la historia; y cuando hallaba el origen de la palabra insultadora, muchas veces resultaba una alabanza, y siempre el insultador estaba ya lejos.

Había hecho indagaciones curiosísimas que esclarecían muchas dudas. Por ejemplo: *Pensil*, el nombre del orfeón, que nadie sabía de dónde pudo

venir, venía de *Pensil*, *Hortus pensilis*, jardín suspendido; luego los coristas vivían suspendidos sobre el jardín; *Beco*, de Baco, dios de la bebida; así, pues, el fondista dado á la bebida; *hosteria* de *hostis*, *hoste*, *extranjero*, extraño; por lo tanto, lugar donde vive gente extraña, tan extraña que nunca ninguna se veía; *sabio*, de *sapere*; *bendito*, de *benedictus*; *manso*, de *mansus*, de *manere*, así es que viene de *manso*; y así todos los nombres posibles, desde los más soberbios hasta los de clase más humilde, y desde los más desvergonzados hasta los de más poca vergüenza.

Lo que no había podido saber de dónde rediablos venía, y eso que tanto lo había estudiado, era uno de los nombres más antiguos, más padecidos y más practicados por los sabios: *Miseria*, *miserioso*, *miserias*. ¿De dónde vendría? ¿En qué consistiría que todos sus colegas estuviesen de ella tan dominados? ¿Quién sabe si sería palabra prehistórica! Acaso Abraham, acaso Moisés, tal vez Jeremías, habríanla conocido antes de ser patriarcas y profetas. Tal vez por eso lo fueron. Acaso habría nacido, como el picor, de la misma palabra... No pudo saberlo, y no ciertamente por no haber de padecer aquesta repalabra de *miseria*.

El, la casa y la levita, todos estaban dominados por esta palabra sin origen, y sobre todo, en aquellos desvanes de estudio, donde pasaba la vida, jamás le abandonó.

Allí, en desorden de sabiduría, plantas ex-medicinales de las cuales huyó el remedio y no quedó más que la leña; allí, pedazos de minerales, sin la substancia preciosa; allí, coleópteros llenos de polvo, abrigados por las telarañas, sin patas, sin antenas, no más que la aguja sujetadora y el cartelillo y la filiación y un pedacito de costra encima; allí, mariposas sin alas; allí, pergaminos sin libro, una lente sin cristal, una mesa sin tablas, un quinqué sin petróleo, y todo sin algo, y todo lleno y repleto en el sentido filosófico y en el verdadero sentido, de aquella triste palabra. ¡Dichosa palabra! ¡No saberla y tenerla que aguantar! ¡Padecer una enfermedad y no saber su diagnóstico! ¡Sufrir la años y años, y cuantos más años, más enfermedad! ¡No había ¡válgame Aristóteles! para echar los libros á la lumbre y quemarlos con las hierbas botánicas y apedrearlos con las piedras minerales y freir los coleópteros y dejar en paz el ser sabio?

¡Pero cá! El sabio es siempre paciente; por eso lo es, y por eso el pueblo abusa, y abusa el que no es pueblo, y abusaban todos! Abusaba la polilla comiéndosele la levita, y la carcoma comiéndosele la ciencia; abusaban los chiquillos burlándose de su calva, los hombres no respetándole y la sabia respetándole aún menos.

Un día encontró en el sofá de su cuarto seis paquetes de cigarros de á diez céntimos y tres fajos de cajetillas.

— ¡Dios del cielo! ¡Válgannos los siete compañeros de Grecia! Ella no fuma, y yo tampoco; por consiguiente, esto tiene que ser contrabando— dijo el sabio despeluznado—. La cosa es clara: esto no ha venido del estanco. Aquí hay contrabando y adúltera. ¿Y qué significan estos nombres? *Contrabando*, del otro bando, de la frontera, del extranjero, de extraño, de *extrangis*; y *adúltera*, de adulterada ó entregada de extrangis. Si la culpa no estuviese clara, aclararíala la ciencia etimológica. ¿Y qué diría el pueblo si lo supiese? Por fortuna, el pueblo no entiende de etimología y yo me guardaré muy bien de enseñársela. ¡Que jamás sepa lo que ocurre, y que viva ignorando esta rama de ciencia!; y además, ¿qué es este pueblo ante los pueblos? ¿Qué somos nosotros mismos? Ya lo he dicho: somos polvo, polvareda y tierra. Así, pues, echemos tierra encima.

## EL JEFE DE ESTACIÓN

La única muestra de progreso, que los más progresivos habían dejado en aquel pueblo, era una de estas víctimas de la frialdad administrativa á quienes se llama *Jefe de estación*.

No quiero creer que el *accionista* cuando adquiere acciones lo más baratas posible, para que vayan tendiéndose *rails* á través de los campos en lugares que abrevien el camino, sea cómplice en el delito de construir expresamente, allí donde caigan, esas que se llaman estaciones, y de dejar en ellas un hombre.

Si lo supiesen no lo harían, porque el *accionista* individualmente no es malo de suyo, ni de malos instintos: no es más que *accionista*, y el único defecto que tiene es la *capa* del anónimo.

Porque, hijos míos, se necesita la virtud de un ermitaño laico para desembarcar á sangre fría en una de estas casucas, y tomarla por morada defi-